



José Manuel Simián  
(Santiago, 1975)

Es escritor, reportero y productor. Sus reportajes, crónicas y columnas han sido publicadas en medios internacionales como New York Daily News, Mediaite, The Huffington Post, Billboard en Español, Latina y Etiqueta Negra. Es presentador y productor de Contraportada, un segmento de entrevistas semanales a artistas e intelectuales latinos en la estación de cable NY1 Noticias, y editor ejecutivo de Manero. Actualmente vive en Brooklyn.

Por José Manuel Simián, para revista Viernes

# Ho Chi Minh City a dos ruedas

**El escritor chileno relata el viaje que realizó a finales del año pasado a Vietnam junto a su familia. Aquí cuenta cómo, arriba de su motoneta –una de las más de 37 millones que hay en Vietnam– comprendió por qué este medio de transporte se asocia a la libertad.**

Ilustración: Mathias Siefeld

Me lo habían advertido antes de llegar: una de las experiencias más alucinantes de Vietnam es cruzar la calle. No hay semáforos y el tráfico nunca para. Sólo tienes que comenzar a caminar hacia el otro lado, muy lentamente. Pensaba que se trataba de una exageración, pero estaba equivocado: cruzar la calle en Vietnam es una experiencia tanto física como espiritual. La primera vez, crees que vas a morir; que todas esas motonetas que vienen directamente hacia ti van a atropellarte. Pero a medida que comienzan a eludirte suavemente mientras avanzas como un profeta encontrando piso firme en el agua, te sientes más vivo que antes.

Hay 37 millones de motonetas en Vietnam y apenas dos millones de autos. En un país relativamente joven –la edad promedio es de 29 años– y donde nunca hace frío, la gente se mueve principalmente sobre dos ruedas; de a uno, de a dos o de a tres, sin importar la edad (es común ver a guaguas en brazos, sin protección alguna, incluso en una carretera). Esos millones de motonetas (una por cada tres habitantes), el contacto directo de los vietnamitas con el aire y el movimiento constante, hablan de un país en vertiginoso crecimiento (6,4% en promedio durante la última década) y que hace rato decidió dejar atrás la guerra que el resto del mundo todavía asocia porfiadamente

a su nombre, a pesar de los 40 años transcurridos desde la captura de Saigón.

La motoneta es un medio barato de transporte, pero también es libertad. Libertad de ir donde se quiera en un Estado dominado por un partido único desde el término de la guerra y donde las libertades –especialmente la de criticar al gobierno– están severamente restringidas. De muchas maneras, las motonetas son una metáfora perfecta de Vietnam: baratas y sin cambios; precarias y sin marcha atrás.

Me lo habían advertido antes de llegar: una de las experiencias más alucinantes de Vietnam es cruzar la calle. No hay semáforos y el tráfico nunca para. Sólo tienes que comenzar a caminar hacia el otro lado, muy lentamente. Pensaba que se trataba de una exageración, pero estaba equivocado: cruzar la calle en Vietnam es una experiencia tanto física como espiritual. La primera vez, crees que vas a morir; que todas esas motonetas que vienen directamente hacia ti van a atropellarte. Pero a medida que comienzan a eludirte suavemente mientras avanzas como un profeta encontrando piso firme en el agua, te sientes más vivo que antes.

Así fue en Nochebuena. Estábamos en el centro de Saigón y una energía eléctrica flotaba en el aire húmedo de la ciudad mientras comíamos en Quan Nuong, un restaurante donde cocinas tú mismo –desde carne y verduras más o menos convencionales a cortes exóticos y camarones vivos– en un disco hirviendo en medio de la mesa. Y al terminar la bacanal, caminamos buscando un par de taxis que nos llevaran de vuelta al Distrito 2. Pero todos estaban ocupados y tuvimos que comenzar a peregrinar por el centro buscando cómo volver a casa, hasta que nos topamos con Ton Duc Thang, una de las principales avenidas de la ciudad. A esa hora Ton Duc



Thang estaba convertida en un obstáculo casi tan difícil de salvar como el Río Saigón que corre junto a ella: sus 6 pistas estaban multiplicadas en varias más por las motonetas que las abarrotaban. Decenas de miles de vietnamitas habían salido a la calle a mirar las luces de Navidad que el gobierno del Partido Comunista había instalado para alegrar al pueblo en otra muestra de su implacable pragmatismo. Sin otro remedio, padres, abuelos, hermanos y primos nos lanzamos a partir ese flujo de motores, hombros y codos. Y nunca estuve más cerca del centro de Vietnam que en esos segundos en que esas maquinitas maravillosas nos tocaban sus bocinas antes de frenar o eludirnos, y las luces de Navidad brillaban sobre nuestras cabezas con porfía estridente.

En todo buen viaje hay un momento en que el tiempo y la identidad parecen romperse: un momento en que el aire vibra y el viajero siente que es posible desconectarse de esa persona que es día a día en casa y comenzar una vida nueva. (Es, para no ignorar la manida distinción de Paul Bowles, el momento en que uno tiene la ilusión de haber pasado de ser un turista a un viajero). En mi paso por Vietnam, ocurrió cuando llevaba unas dos semanas en el país. Estábamos en Mũi Né, una playa ubicada a poco más de 200 kilómetros al este de Ho Chi Minh City, y los días comenzaban a parecerse los unos a los otros. Y en una de esas tardes preciosamente fungibles, mi mujer y yo nos

aventuramos finalmente a salir en la motoneta de turno a cubrir el par de docenas de kilómetros que separaban nuestra casa del pueblo, un paseo que incluía caminos que serpenteaban por los cerros, el temible viento que ha hecho a Mũi Né un destino apetecido para rusos aficionados al windsurfing y kitesurfing, y carreteras donde te puedes cruzar de golpe con vacas sueltas y conductores todavía más descuidados que tú. Y fue en esos kilómetros, con la brisa marina cacheteándome la cara y las palmas sudorosas sobre el manubrio, que finalmente me sentí otro, alguien a quien no le importaba mucho dónde quedaba su casa y comenzaba a olvidarse de su vida normal.

Unos pocos días después de eso, la última tarde de 2014, salí nuevamente en la motoneta con Luca, mi hijo mayor. Esta vez la aventura fue un poco más intensa: nos lanzamos por un camino de tierra y cuesta arriba que, si bien conocía (había trotado por ahí casi todos los días de mi estadía), estaba hecho más para una moto todo terreno y un conductor avezado que para mí. Pero apreté firme el acelerador y comenzamos a subir el cerro mientras Luca sonreía y se afirmaba de mis costillas. Y un poco más allá, donde a pesar de que apenas habíamos avanzado un par de kilómetros lo único que se veía era polvo y vegetación, me preguntó con un ligero temblor:

–Papá, ¿te sabes el camino de vuelta?

Y yo, sin querer matar su ilusión de viajero, esperé unos segundos antes de decirle que sí. 🍷

**“Cruzar la calle en Vietnam es una experiencia tanto física como espiritual. La primera vez, crees que vas a morir; que todas esas motonetas que vienen directamente hacia ti van a atropellarte. Pero a medida que comienzan a eludirte suavemente mientras avanzas como un profeta encontrando piso firme en el agua, te sientes más vivo que antes”.**